

ma del maestro, por medio de señas explicó lo que le había sucedido. El chico también había resbalado por la grieta.

Con la ayuda de Juan David, el topo, y Renato, el ratón de campo, pronto hallaron una salida de la oscura caverna y consiguieron llegar al otro lado de la montaña desde donde se apreciaba un fértil valle. Guiados por el niño indígena descendieron por trochas y caminos que al parecer el chiquillo conocía de memoria. Cuando llegaron a la parte plana del terreno, cerca de media docena de aborígenes armados con arcos y flechas salieron detrás de unos matorrales, mientras que otros se descolgaron de los árboles como si fueran micos. En un segundo rodearon al maestro y a sus alumnos. Luego los llevaron hasta el lugar donde tenían sus viviendas.

El primero que salió al encuentro fue el chamán de la tribu; traía en su mano derecha una especie de vara de mago, adornada con plumas y otros objetos típicos de esa etnia. El maestro le entregó el chico y el brujo lo abrazó con ternura. El niño explicó a su padre la forma como había sido rescatado por sus amigos. El mago de la tribu, valiéndose de señas, expresó su gratitud e invitó al





grupo a su cabaña. Allí les ofreció agua en una totuma, frutas y carne asada de venado. Después del descanso, el chamán sacó de una bolsa de cuero un botellón de barro que tenía un tapón hecho con hierbas. Al primero que agarró por el gizonte fue a Juan David, el topo, y le hizo beber un poco de la pócima. A continuación tomó uno por uno los animales que acompañaban al profesor e hizo lo mismo. Los cuatro chicos salieron disparados a buscar agua, pues sentían que el bebedizo les quemaba las entrañas. En el primer charco que encontraron se clavaron de cabeza. Cuando salieron de él ya habían recuperado el aspecto humano.

El chamán ordenó a los indios de la tribu que fueran a la montaña en busca de los otros chicos que aún permanecían en su forma animal. Dos horas más tarde, los aborígenes regresaron con Tania convertida en un tranquilo perezoso. Sebastián estaba transformado en tigrillo, Silvia Carolina en iguana y Marcela en un lindo conejo blanco de ojos rojos.

Antes de llevarlos de nuevo a la forma humana, el chamán explicó al maestro, por medio de dibujos pintados en la arena, que los cuatro muchachos querían permanecer más tiempo como animales. Estaban felices por las maravillosas experiencias que habían vivido en la montaña. A esta solicitud, Susana tomó entre sus brazos a Tania, el perezoso de uñas largas, y rascándole la cabeza le dijo:

—¡Te conozco, Tania! No quieres regresar a tu forma humana para evadir el colegio. ¡Ah, pillá! Eres perezosa para el estudio y para hacer las tareas escolares.

El animal salió de las manos de Susana en un intento de escape, pero el chamán se movió con agilidad y la agarró y le hizo beber la pócima mágica. Los otros animales no pusieron resistencia.

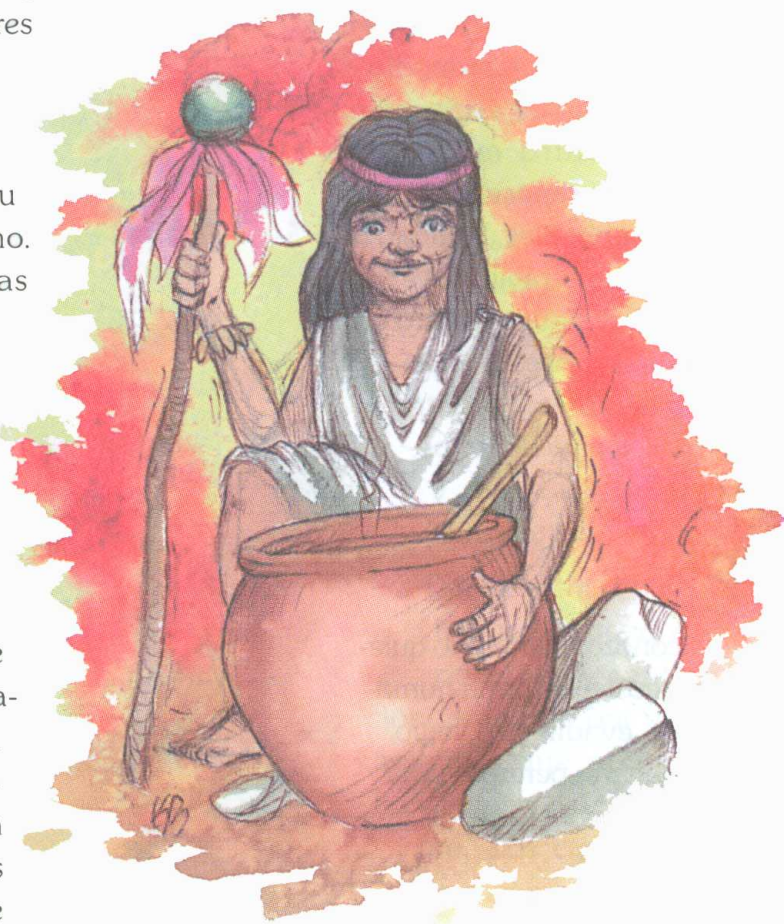
Los aborígenes los obsequiaron con estatuillas talladas en madera en donde aparecían los animales en que cada uno de ellos había sido transformado.



Por un día más el grupo de exploradores permaneció en la montaña hechizada y ella les reveló su secreto más íntimo. Les dijo que las montañas eran los senos de la madre tierra.

Cuando estuvieron de nuevo en el colegio, el profesor colocó de tarea, como evaluación de final de curso, la redacción de un cuento con las experiencias que habían vivido en la cordillera.

Susana tituló el relato con el nombre de: *La montaña encantada*.





Alfonso Lobo Amaya

Ocaña, Norte de Santander, 1946

Premio Nacional de Literatura Infantil
con la obra *La tortuga desdentada*.

En el VII Concurso ENKA de Literatura

Infantil fue premiada su novela

La montaña de los cristales.

El autor está dedicado a escribir
literatura infantil y en su producción
literaria de más de quince títulos,
hace énfasis en los valores humanos,
los valores espirituales y el respeto
por el medio ambiente.

Contacto con el autor:

Apartado Aéreo 77671, Bogotá, 2